

Leopoldo Zea en el pensar indoamericano*

OTTO MORALES BENITEZ**

Al presentar un saludo al pensador indoamericano Leopoldo Zea, en los claustros de la Universidad Central de Bogotá, y celebrar la aparición de su obra *América como Autodescubrimiento*, salido de su editorial, debemos exaltar su presencia como una oportunidad para deliberar acerca de sus tesis.

Y pidiendo permiso a la audiencia, declarar mi reconocimiento por dedicarme su libro que es bien significativo en su bibliografía y que me impone nuevos desvelos en mis investigaciones. Recibo ese homenaje, a la vez, como la expresión de unas identificaciones y concordancias en múltiples aspectos del penetrar y avizorar el destino cultural, social y político de nuestra Indoamérica. Gracias, Maestro Leopoldo Zea, por ese generoso gesto y por acuciarme hacia nuevos compromisos.

Leopoldo Zea, irrumpe en el medio intelectual de su país, en una lucha determinante en el cual daba México respuesta cultural, como consecuencia de su Revolución. Se une a esa corriente de impulso nacional que proponía respuestas para su contorno y la de su continente. Cuando lo prioritario era someter una pregunta en cuanto a lo que nos distinguía como entidad en el universo.

* Lectura en la Universidad Central de Bogotá el 4 de diciembre de 1986.

** Abogado, exministro del Trabajo y Seguridad Social, y de Agricultura, exsenador de la República, candidato en varias ocasiones a la Presidencia de la República, historiador, escritor, profesor universitario, presidente del Instituto Colombiano de Estudios Latinoamericanos.

Para esto se sumergió en el hallazgo de una filosofía de lo mexicano. Y ello lo autorizó para sostener que de esa manera anhelaba alcanzar una ortodoxia auténticamente nacional. Pero no quería enclaustrarse ni limitarse. Aseveró de inmediato a la entrada de su pensamiento —para usar sus propias palabras—: que lo crucial “era obtener una verdad humana”.

Antecedentes en la filosofía mexicana

El no surgió de improviso, despojado de precedentes. Señalemos algunos. Ya había Gabino Barreda pronunciado su celebre discurso de 1867. Y Samuel Ramos publicado en 1934 su libro *El perfil del hombre y la cultura en México* que a tantos nos sirvió de viático para meditar en cuanto a nuestras propias coincidencias. Y Antonio Caso, quien colaboró a precisar parte del pensamiento de la Revolución, se había dedicado a meditar en torno de los asuntos concretos que plantea lo inmediato de su medio y, también, aquellos más hondos de la filosofía general. Mientras tanto, se escuchaba a José Vasconcelos quien fue el primero en hablar de la posibilidad de una filosofía mexicana o indoamericana. Y como referencia primordial, no podríamos ocultar a Justo Sierra quien anunció tres ideas, aún con validez, y que es bueno repetir: “la necesidad de investigar nuestra realidad mexicana, la de inventar las soluciones de nuestros propios problemas y la de no desconectarnos de lo universal”. Quien desee penetrar en estos esfuerzos puede repasar el libro *La Filosofía de lo Mexicano* de Abelardo Villegas, que es ejemplar como investigación reveladora.

Las Perspectivas de Zea

Es la época en la cual la Segunda Guerra Mundial, con el desbordamiento apocalíptico de las crueldades fascistas —que ya habían destrozado la estructura republicana de España— nos confunde a todos con su dureza, pues no toleraban ningún respeto por los valores fundamentales del hombre. Es cuando Zea se plantea la pregunta, acerca de su gente, en medio de las perplejidades: ¿“cuál es nuestro ser”? Y vuelve sobre ella, en la postguerra para situarnos y no dejar en el desamparo la identidad. Y ésta, además, se amplía hacia nuestra área continental. América ya es su preocupación y marca su desasosiego mental. Desde 1945, cuando recorrió sus países, investigando el positivismo y el romanticismo, quedó inmerso en su claridad —como pueblo y como cultura— que debía él coadyuvar a esclarecer. Fue cuando enunció el principio cardí-

nal al cual sigue vinculado de que es insoslayable transitar de lo mexicano a lo humano, pasando por lo americano. Su obra extensa e intensa tiene, como tema central todo lo que aquí hemos delineado y que lo ha consagrado como filósofo e historiador de las ideas.

Hacia un nuevo humanismo

Para acercarse más fielmente al pensamiento de Zea, es recomendable que examinemos algunas otras preocupaciones básicas del Maestro. Lentamente, él ha llegado a plantearse la urgencia de una respuesta propia a las diferentes interpretaciones a que nos vemos sometidos a diario. Por ello en Tunja en las publicaciones del "Instituto de Estudios para el Desarrollo y la integración de América Latina", publicó su libro *Latinoamérica: un nuevo Humanismo*. Donde persiste con fuerza impulsadora su creencia de que el humanismo latinoamericano debe partir de la experiencia histórica de un hombre con sus propios problemas, como lo ha analizado con sagacidad el profesor Javier Ocampo López, en un estudio acerca de Zea. Así, el de este continente, tomará conciencia de su situación y de su propia objetividad. Este se ha tenido que encarar a una controversia múltiple: contra el neocolonialismo, la cultura dominante y los privilegios y la opresión. En los últimos años, debatiéndose en "un mundo anegado en el terrorismo para la subversión y el terrorismo para la represión". Es cuando Leopoldo Zea señala, con palabra reveladora y despertadora de conductas mentales: el humanismo latinoamericano lleva a nuestros hombres a adquirir conciencia de su situación y de su propia realidad.

Filosofía Indoamericana

Ha sido tan permanente y deliberada la carga de juicios contra la incapacidad del hombre indoamericano para especular y crear, que varios de nuestros pensadores epigonales así lo aceptaron. España manifestó que no teníamos alma. Quedábamos destituidos de la posibilidad de dar ninguna réplica lógica y racional a nuestros propios problemas. Después muchos de quienes nos visitaron en la época de la Colonia o en los comienzos del proceso republicano, nos miraron con penetración de juicio eurocentrista. Algunos de ellos investigaban nuestra existencia por mandato de gobiernos o grupos económicos que deseaban conocer nuestras riquezas. Y no condenaron por actuar en un medio tropical, que impedía un

desarrollo normal de las facultades intelectuales. Más tarde, sentenciaron: son seres incapaces de producir un arte y una filosofía. Se prolongaban así las condenas a la incapacidad. Y las repetían quienes querían mantener influencia cultural, política y económica. Eso les facilitaba su tarea. Y varios de nuestros conductores, confundidos, reiteraban las consignas. Y éstas eran ampliadas por las nuevas formas de los imperialismos contemporáneos, que así nos subyugaban y sometían. La duda en cuanto a nuestra propia capacidad de irradiar un pensamiento, se iba prolongando.

Por fortuna, hubo pensadores indoamericanos que reaccionaron. Al principio, tímidamente. Admitían todavía que en todo éramos apenas epígonos, sucedáneos. Especialmente de España. Más tarde de Inglaterra y Francia. Como es elemental, la mentalidad así quedaba colonizada.

La liberación ha sido lenta y constante. Fue menester capacidad de obstinación en la prédica. La generación de Leopoldo Zea en todo el continente, tuvo conciencia de que había un deber intelectual de conformar nuestro propio mundo filosófico, estético, económico y político. Que no era aceptable ser subsidiarios de ninguna cultura.

Y cuando se instaura el anatema de que no podíamos dar respuestas filosóficas, porque no superábamos las líneas ya consagradas en estas materias, Zea ayudó al esclarecimiento del problema cuando dijo: "el preguntarse sobre el sentido y función de la filosofía de Iberoamérica, no se pregunta sobre la originalidad de la misma. Esto sólo puede referirse al uso que se da, en esta región del mundo, a la Filosofía, así con mayúsculas, la filosofía considerada universal. Esta afirmación, la de que los latinoamericanos no hacían sino copiar, imitar ideas que no tenían origen en su propia realidad, ha sido ya negada a lo largo de la ya copiosa bibliografía que los estudiosos de la historia de las ideas en América Latina, han publicado".

Rechazo a la dependencia europea

Para adelantar sus pesquisas, Leopoldo Zea sitúa el problema cultural indoamericano, haciendo otra afirmación: "México o más ampliamente América, ha surgido a la historia como *dependencia europea*" y ello implica someterse a unos valores que no facilitan la identidad nuestra, pues "cada historia tiene su filosofía".

Como su inclinación es bien evidente en el sentido de que se le dé categoría a nuestra naturaleza cultural, y sin arrogancia pero sin temor, podamos singularizar el carácter de ella, apela a una cita de José Martí, en la cual se reafirma y estimula el sentido de autenticidad que la debe distinguir: “. . . los pueblos que se autodenigran, los que renuncian a su propia identidad considerando que ella los hace inferiores, nada pueden oponer a las naturales ambiciones de pueblos y hombres a los que se consideran superiores”.

Así en cada nuevo libro y ensayo, el Maestro va explorando y puntualizando la manera de liberarnos de amarras, prejuicios, subyugaciones. Ello lo relievra Tzvi Nedin en su libro *Leopoldo Zea: ideología, historia y filosofía de América Latina* cuando afirma que el pensador “considera que América seguirá siendo continente sin historia propia, una dependencia de historia europea”, hasta que no niegue históricamente ese ser otro, exclusivo eco y reflejo.

“América como Autodescubrimiento”

Con este libro, Leopoldo Zea completa cincuenta y tres volúmenes. Le corresponde la alegría intelectual de publicarlo a la Universidad Central, y compartirla a quienes hoy acompañamos a su autor. Tiene inmensa actualidad. Con motivo del encuentro Europa-América-1492-1992-se habla del “Descubrimiento de América”. El reitera que, realmente, nunca ocurrió este fenómeno histórico. Se realizó otro, que fue un hallazgo. O para usar la frase que él emplea, lo que aconteció fue un tropezón.

En lo atinente a esta materia histórica, hay pluralismo de conclusiones. Unos, predicán descubrimiento. Otros, como Zea, que lo que sucedió fue un encubrimiento que tapó lo aborígen. Los americanistas— y así lo aceptan la Unesco y las Naciones Unidas— se refieren al “encuentro de culturas”, pues la identidad está tanto en lo indígena como en lo europeo, además, en la conformación actual de nuestra etnia y nuestro pensamiento, han colaborado otros pueblos con sus singularidades culturales.

Acentuando sus calidades de filósofo e historiador de las ideas, en este libro bogotano, Zea reafirma que, en los cinco siglos, Indoa-mérica ha realizado su *autodescubrimiento*. El, considera que así hemos alcanzado la integración. Y repite que esos nuevos caminos de exploración, han coadyuvado a trazarlos mancomunadamente españoles como el Maestro José Gaos, un transterrado español,

el dominicano Henríquez Ureña y todos los nombres que aquí ya hemos citado y otros más que son paradigmas en el pensamiento continental.

Para el escritor ha sido fácil rastrear las filiaciones en cada país, pues los ha recorrido predicando, indagando, estableciendo nuevos contactos para sus meditaciones indoamericanas. Y ha formado un extenso grupo de seres que trabajan con igual ahinco en estas demandas mentales. El, no se ha plantado con sectarismo intelectual a rechazar el influjo español o europeo. Lo que le despierta interés es que tengamos una nueva postura: unir el pasado con el presente para explicar el futuro. Y conformar una filosofía cercana a nuestra substantividad indoamericana, teniendo en cuenta al hombre de aquí y las circunstancias en que se desenvuelve su acción vital. Es decir, que se vea con claridad que está creando su cultura en sus propios tiempos y espacio. Que no puede ser ni invadido ni cedido en comodato o préstamo de uso.

Por lo tanto, insiste, que lo que sucedió fue el “encuentro de los mundos” y no un descubrimiento. En ello coincide con el Maestro colombiano Germán Arciniegas, quien en su libro *América Tierra Firme* nos refiere como fue el “cubrimiento” de lo que eramos. Para sostener estos principios, Zea rememora que Colón aspira hallar al Catay y Cipango. Trató de llegar a la India y a la China. Y principia a formular sus juicios: “descubrieron un mundo que no entraba en su propio cosmos. Un mundo que se apresuraron a encubrir, más que a descubrir. . . No descubrieron América, se tropezaron con América. . . Las Indias, pero ya no las Indias que se querían encontrar. Encuentro con un mundo distinto, inesperado, fuera de lugar, pero también fuera de la propia utopía. Y a partir de este encuentro, el inicio del descubrimiento. Naturalmente los supuestos descubridores y descubiertos, empezarán a descubrirse, esto, es, a conocerse entre sí. . . Un largo proceso que se continúa hasta nuestros días. . . Tropiezo más que encuentro, fue éste de Europa sobre un mundo desconocido”.

Todas estas serias indicaciones históricas, le permiten concluir que debemos evitar las interpretaciones ceñidas a las concepciones eurocentristas. Porque ya Indoamérica tiene algo que decir. Y es de principio que se respete su voz. No es bueno que se la desconozca, para sólo evocar la dominación, el hecho de, que los iberos trasladaron aquí su propia concepción del mundo y quisieron imponerla.

Y el Maestro Zea propone una solución concorde con nuestro tiempo, para consolidar el respeto de nuestra identidad: no hay que festejar la conquista sino la integración.

La teoría del mestizaje

Todo este acarreo de materiales, sirve para poder insistir en la tesis del mestizaje. De lo que hemos explorado y de la fusión de sus elementos integradores, surge una cultura que nos identifica. Es el "autodescubrimiento y conciencia de ser del latinoamericano". Así va emergiendo, como principio imposible de desconocer el mestizaje. Mis coincidencias con Zea, que se han ampliado, comienzan cuando hallo éstas referidas al hecho de que estamos ante un pueblo nuevo y, por lo tanto, tenemos que fortalecer el modelo que le corresponda. No puede continuar prevaleciendo el criterio que nos impusieron de que era inevitable mirar "el mundo indígena como expresión de lo demoníaco y todo el continente visto bajo el signo del pecado". Muchos europeos, aceptaron el mestizaje racial, que lo facilitaban los reclamos vitales y lo consentía su larga tradición de invasiones en sus países. Pero al cultural continúan proponiéndole resistencias. Y de allí que hayan querido, algunos recalcitrantes predicadores, que subsista la pugna racial y cultural, con un enunciado de combate: "el mestizaje racial considerado como contaminación, corrupción y rebajamiento de la humanidad y la cultura de la que se sabía portador el ibero". Nuestro mestizaje no puede juzgarse como una encarnizada batalla de etnias. Es un error siquiera consentir que se persista en ese enfoque. Por ello es sugerente volver a escuchar a Zea con su palabra que sitúa el fenómeno en su dimensión histórica:

"Pronto se cumplirán los cinco siglos de esta fecha. Fecha que se ha calificado como el descubrimiento, pero que legítimamente es de un gigantesco encubrimiento; inleudible y natural encubrimiento, impuesto por una cultura a otra. No es ésta una fecha para festejar ni repudiar, sino para reflexionar profundamente sobre lo que a lo largo de cinco siglos se ha originado en esta región y lo que ésto ha significado para Europa que lo hizo posible, más en concreto para el mundo ibérico, España y Portugal que al encubrir, mezclaron su sangre y cultura con la sangre y cultura de los pueblos de esta región. Mezcla, quizá no racionalmente buscada, vista inclusive como vergonzosa a partir de su propia arrogancia. Pero mezcla que ha sido y será ejemplo para otros encuentros

culturales en la tierra originados por la expansión de pueblos que sólo en los hombres y pueblos con los que se encontraron parte de la flora y fauna por explotar”.

El pensamiento indoamericano

Para indicar cómo hemos alcanzado en Nuestra América a tener conciencia de nuestro destino, Zea, en este libro, va acumulando materiales de noble estirpe intelectual. Es una amonestación de que no se debate sólo en sus prédicas. Que le asisten múltiples voces de quienes han contribuido a conformar la voluntad cultural de Indoamérica. Y lo que hace es apelar a Pedro Henríquez Ureña quien planteó una utopía “propia de esta región y para esta región”. No inclinada a que se manifieste como réplica de las grandezas europeas o estadinenses. Se deben respetar, pero sin sometimiento. Es aconsejable estudiarlas y asimilarlas, pero sin desdeñar nuestro origen, nuestro carácter y nuestra proyección. Para ello se debe aceptar la posición del escritor dominicano cuando dice:

“El hombre universal con que soñamos —dice Pedro Henríquez Ureña—, a que aspira nuestra América, no será descartado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra y no la ajena, le dará gusto intenso de los sabores nativos, y esa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio”.

Y Zea nos hace evidente que en 1857 el pensador y poeta colombiano José María Torres Caicedo publica el poema “Las Dos Américas”, en el cual ya va señalando la urgencia ineludible de la unión:

*“Mas aislados se encuentran, desunidos,
estos pueblos nacidos para aliarse:
La unión es su deber, su ley amarse;
Igual origen tienen y misión”.*

No desconozcamos que nuestro compatriota, en 1886, escribió algo que debe identificarnos: “existe una patria más grande: la América Latina”. Ya no es posible pensar en términos de países aislados. Los fenómenos nos atan. Nos llevan a concordancias de las cuales no podemos desatarnos. Y así lo ven espíritus tan abier-

tos a la comprensión universal como el pensador Toynbee cuando dice:

“La revolución por la que atraviesa México desde 1910 puede interpretarse como el primer movimiento para sacudir los avíos de la civilización occidental que le impusimos en el siglo XVI; y lo que ocurre hoy en México puede suceder mañana en los asentamientos de la civilización nativa sudamericana: el Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia”.

“Es posible la tolerancia”

En uno de los capítulos del libro que hoy comienza a circular, se pregunta Zea: ¿Es posible la tolerancia?, que hace emerger uno de los temas más angustiosos de la época contemporánea. La intolerancia, a veces, parece predominar como el signo de nuestros tiempos. Por ello necesitamos fortalecer las coincidencias. Estas se deben lograr a través de los denuedos mentales: “la historia de la cultura latinoamericana, cuya existencia ya es afirmada, parte así de esta doble relación: la del conocimiento de lo propio y la del conocimiento de las múltiples experiencias del hombre que han de servir a las propias”. Este enunciado concuerda con el de Samuel Ramos cuando enfatiza que nuestra cultura e historia, debemos universalizarlas. Y pide que se haga sin admiración sometida por otras, ni con resentimiento contra ninguna.

Dos mexicanos insignes

Dos capítulos dedica Zea a Jesús Silva Herzog y Jesús Reyes Heróles, ambos sus compatriotas insignes y luchadores por estas afinidades a que nos hemos venido refiriendo. El primero habló de cual era la misión de Indoamérica cuando primaban todas las durezas reaccionarias en la vida política europea. El, vió, con sagaz claridad, la tarea que nos correspondía: “. . . es preciso que se oiga el grito salvador. Este grito no lo puede lanzar la Europa torturada, ni quizás tampoco los Estados Unidos porque lo apagarían las voces imperativas de los financieros; tiene que brotar de gargantas americanas, de Nuestra América”.

Estas premoniciones las escribió el día que se lanzaba a la circulación la Revista “Cuadernos Americanos”, que viene circulando, con influencia continental y universal, desde 1942. Zea nos sitúa su nacimiento y su alcance:

"Cuadernos, es una revista que surge en una difícil etapa de la historia del mundo y que, por nacer en esta etapa, se perfilará como una esperanza. Ha sido anulada la República en España, se inicia la lucha contra el fascismo y nazismo en Europa, pero con esa lucha surge la esperanza de que puede advenir un mundo mejor, "Cuadernos Americanos" surgirá como esperanza para el Continente Americano".

Y es bueno aprovechar la ocasión para hacer un anuncio que será grato para todos: el Maestro Leopoldo Zea continuará desde la Dirección de esta inapreciable tribuna las orientaciones de ese paradigma de varones que da México. En enero circulará el primer número bajo su orientación. Y escuchará, como siempre, la demanda de Silva Herzog: "hay que buscar en un nuevo humanismo los materiales para construir el mundo del mañana. Sin olvidar que la civilización ha sido obra de los inconformes con las ideas de su tiempo". Y, además, le será fácil a Zea fustigar la corrupción, la simulación y la incompetencia, que fueron preocupaciones del batallar de aquel varón insigne de la inteligencia y de la lucha mexicanos.

Con Reyes Heróles tiene múltiples encuentros siempre para coincidir: el primero, en 1945, en la Argentina para repudiar el peronismo. Y así se repiten las similitudes. A este hombre de la Revolución, lo destaca como ideólogo y político. No es sino repasar sus tres tomos acerca del *El Liberalismo Mexicano*. Hay muchos de sus enunciados que parecen escritos para nuestra circunstancia partidaria colombiana:

"Continuidad del liberalismo-escribe-tampoco significa permanencia, inmutabilidad, constante actualidad de una petrificada idea liberal. Quiere decir evolución, mejoramiento y perfeccionamiento de las ideas liberales. Modificación y enriquecimiento de ellas y su actualización, a la luz de nuevos problemas, de nuevas circunstancias. No se trata, insistía, de erigirnos en Celosos guardianes de nuestro pasado". El liberalismo fue un impulso histórico que hay que mantener y acelerar, "es una especie de velocidad adquirida a que sería necio renunciar".

Y Leopoldo Zea hace referencia a un tema que se ha vuelto preocupación en muchos países, entre ellos, Colombia, cuando dice:

“Jesús Reyes Heróles sabía de los grandes problemas que afronta ahora México que nació con el liberalismo y que se prolonga en la Revolución en su afán por realizarse como pueblo libre. Sabía de la corrupción y la simulación. Como lo sabía ese otro liberal que fue Jesús Silva Herzog. Es esto lo que frena, una vez más el impulso revolucionario y lo que puede seguir frenándolo. “No hay combate a la corrupción —decía— cuando ésta no existe. Y lo malo no es que no se luche contra ella, sino que exista”.

Y recalca la urgencia de modificaciones que reclaman nuestros países. Pero, éstos se ven frustrados por falta de alcance en los propósitos que se presentan a la opinión pública. Por ello repite lo que decía con acento profético Reyes Heróles:

“El gran reformador cree que es posible transformar —dice Reyes Heróles—, cambiar, en la paz, evitando el corte de cabezas, una sociedad y un Estado; quiere efectuar cambios sin interrumpir la marcha de la sociedad, sabe levantar nuevos cimientos y recimentar”. Por el contrario, “El pequeño reformador se ancla en la idea o en el propósito de salvar una sociedad y su Estado —más frecuentemente éste que aquella— mediante parches y zurcidos”.

Un libro incitador

Este libro, como se deduce, tiene un criterio: el de incitar, el de sacudir conciencias, el de comprometer la conducta de pensadores y guadores sociales. No está escrito para que reposen los lectores sobre sus páginas. Su misión es despertar el torbellino de la utopía indoamericana. Consolidarla y prolongarla. Y el Maestro Leopoldo Zea ha escogido una buena fecha para su lanzamiento. El instante es propicio, cuando las inteligencias del área andan en azogue, buscando nuevamente sus esperanzas. Es cuando Indoamérica puede desamarrar sus carabelas para que surquen los diversos y extraños mares, destacando que nuestro mestizaje ha conseguido en la política fortalecer su sistema republicano y democrático cuando en otros continentes vivían sometidos a reinados o imperios tribales. Que en literatura nos expresamos con modalidades, semánticas y hasta en lenguaje que han reelaborado nuestros pueblos. Que en la historia no estamos sometidos a las clásicas divisiones, porque somos un mundo nuevo, sin Antigüedad ni Edad Me-

dia sometido a nuestro espacio y tiempo históricos, muy diferentes y con sus propias peculiaridades. En filosofía tenemos inéditas respuestas. En arte hemos adquirido una categoría universal. Y no queremos más imperios sobre nuestras vidas. Como lo dice tan exactamente Leopoldo Zea en este libro que lleva el sello de la Universidad Central de Bogotá: "No se libertó esta América para que unos explotadores sean substituídos por otros. Ni siquiera por explotadores mestizos".